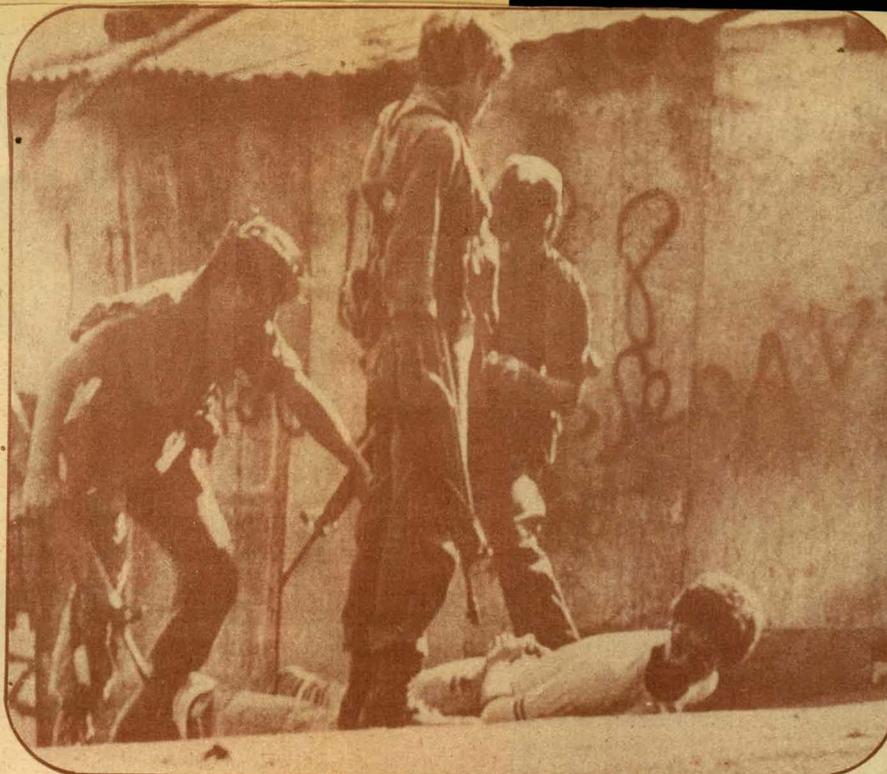


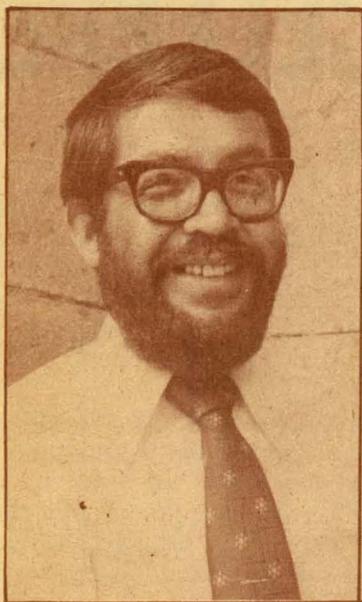
# Elecciones y Esas Cosas

LAS NUESTRAS Y LAS DE UNA CENTROAMÉRICA DESANGRADA



Este es el cruento ambiente en la República de El Salvador, previo a las recientes elecciones allí efectuadas.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Desde nuestra propia situación electoral, hemos visto que en las semanas recientes cuatro países centroamericanos efectuaron elecciones. La suerte de la respectiva función en cada uno de ellos fue diversa. En Honduras, la jornada sirvió para volver a la normalidad constitucional, en ella contendieron los partidos tradicionales y el liberal ganó la presidencia; en Costa Rica, la crisis económica golpeó duramente al gobierno conservador de Rodrigo Carazo y la unión de los partidos de centro derecha que lo apoyaron no pudo repetir su triunfo. Ocurrió allí, por consiguiente, uno de los fenómenos que los analistas formales de la democracia contemplan como uno de sus ingredientes

indispensables, que es la alternancia de los partidos. El de Liberación Nacional, fundado por Figueres tras de la revolución de 1948, volvió a la presidencia, encarnado ahora en Luis Alberto Monge, que representa muy claramente la oscilación progresista-anticomunista que es propia de un sector de la social democracia.

Mal que bien, en ambos casos se apreciaron las ventajas de las elecciones contenidas, donde hay en verdad lucha ideológica entre los partidos, y un clima conveniente para que las posiciones se expresen. No fue esa la situación en Guatemala y en El Salvador. El 7 de marzo, los guatemaltecos pretendieron elegir nuevo presidente de la República, en reemplazo del brutal Fernando Romeo Lucas García, llegado al poder como resultado de una elección tan fraudulenta como la que ahora se realizó. Excluidas las fuerzas del progreso del debate electoral, los votantes sólo tenían opciones del centro a la derecha, por no decir que las diversas gamas de ésta eran las que predominaban. Tan escandalosas fueron las tretas utilizadas por el gobierno militar para hacer triunfar al candidato oficial, asegurador de que la línea de combate a la resistencia popular se continuaría, que dentro del propio ejército se generó la voluntad para deponer al régimen, tramposo y opresivo... para sustituirlo por otro que le resultará muy semejante.

En El Salvador las cosas fueron, si cabe, mucho peores. Allí no se había producido, al momento de escribir estas líneas, ninguna respuesta violenta, de los participantes mismos, al resultado del proceso electoral. Pero no sería extraño que ocurriera. Y es que las elecciones del 28 de marzo condujeron a una situación por completo indeseable para los estrategos de Washington que las diseñaron e impulsaron. La función electoral salvadoreña estaba destinada a producir un doble efecto. Por una parte, mostrar que la población está mayoritariamente en favor del sistema vigente, y que al depositar su voto, estaba sufragando no tanto en favor de tal o cuál partido, sino en apoyo a ese modo de expresar la

voluntad popular. Por otro lado, se esperaba la ratificación de la democracia cristiana como primera fuerza electoral del país, para seguir generando en torno de ella el asentimiento de los partidos semejantes en el resto del mundo, el de Venezuela en primerísimo lugar. Pero ninguno de los extremos pudo cumplirse.

Sólo a partir del prejuicio (como el expresado por el líder panista Abel Vicencio Tovar) se puede hacer elogio de la democracia salvadoreña. En un artículo publicado en *Excelsior*, el jefe panista dice que "la notable afluencia de votantes superó al aparato administrativo para atenderlos", siendo que justamente se dispuso un mecanismo de recepción de sufragios muy pequeño, para dar la impresión de que había enormes cantidades de ciudadanos ante las urnas. Pero quienes se mostraron defensores del fraude salvadoreño, mientras lo condenan tan uidosamente aquí, olvidan que el depósito del voto es sólo una parte del proceso electoral. Los pasos previos no pueden soslayarse. Por ejemplo la integración del padrón. El censo electoral, bien lo sabe Acción Nacional, que ha pugnado por él durante largo tiempo, es base indispensable para la emisión del voto. Su falta o su alteración son fuente inagotable de trampas. En El Salvador no había listas deficientes de electores. No había ninguna, previa al día electoral. Y ¿qué clase de elecciones pueden realizarse en un país donde el toque de queda por parte del gobierno, y los asedios guerrilleros, por los insurgentes, han alterado la normalidad de la vida civil? ¿Y cuando una franja significativa del espectro electoral ha quedado fuera del proceso, como la social democracia, porque hace mucho advirtieron sus líderes (como Guillermo Ungo, que inclusive fue miembro de la junta de gobierno y ahora encabeza el Frente Democrático Revolucionario) y sobre todo en carne propia los militantes de la base, que la vía pacífica había sido clausurada a partir del asesinato indiscriminado de miembros de la insurgencia popular?

En esto último, en el exterminio de una buena parte de los dirigentes de la oposición, parece haber tenido mucho que ver el coronel retirado Roberto d'Aubisson, con quien salió el tiro por la culata a los propugnadores de las elecciones salvadoreñas. Acusado aun por el ex embajador Hinton, de los Estados Unidos, por su proclividad criminal, este militar retirado fue, probablemente, el inspirador del asesinato del obispo Óscar Arnulfo Romero, así como de otros homicidios. Pues bien, en ello radica la segunda frustración electoral en El Salvador: es d'Aubisson quien puede resultar presidente de la República, no el ingeniero José Napoleón Duarte, como se quería para mantener un disfraz de mínima credibilidad en la junta gobernante. Con su barbarie, d'Aubisson no podrá maquillar la dictadura que se vive en ese país centroamericano, de la que Duarte habría podido ser un conveniente cosmetólogo. La coalición de los partidos derechistas que llevarían al poder al presunto homicida mostrará la verdadera cara del gobierno de San Salvador.

En México hemos sido observadores de todos esos procesos electorales, tan diversos y tan semejantes a la vez, mientras estamos insertos en el nuestro propio. Los partidos, sin embargo, no han activado de modo suficiente las campañas (Sigue en la página 69)